

CUENTO N° 15

TÍTULO: UN ORDEN PERFECTO

SEUDÓNIMO: LIZ

AUTORA: ELIZABETH DEL CARMEN CARRIZO CATALÁN

Un orden perfecto

La mujer caminó abatida hacia el dormitorio. En su camino fue ordenando ciertos adornos que sobre el mueble formaban una agradable composición. Así le gustaba a su esposo..., más bien a su exesposo desde hacía poco más de un mes. Se prometió no seguir las reglas por las que se regía desde que tenía veintidós años, pero Samuel permanecía en todo lo que ella conocía.

—Debes entender Susana..., ya no te amo —le confesó fríamente una mañana.

—¡No tienes que abandonarnos! Si es otra de tus aventuras, lo entenderé como siempre lo he hecho... —le recriminó Susana llorando furiosa.

—Piensa en tus hijos que son adolescentes y para ellos todo es difícil a esta edad —insistió casi rogando—. He sido siempre fiel y buena madre... ¿Por qué me dejas entonces?

—¡Me enamoré de ella! No es una aventura más, entiende y terminemos esto en paz. Los niños comprenderán, ya son grandes —dictaminó enérgicamente, sin dar cabida a seguir discutiendo tan doloroso tema, para él ya zanjado.

Ella no preguntó nada sobre la otra mujer, se tragó las lágrimas y se calló como siempre había hecho. No siguió reprochando, ni reclamando nada más. Quiso llamar a alguna de sus amigas, pero Samuel poco a poco la había alejado de

todas ellas, incluso de sus familiares, sólo con su madre mantenía comunicación. Pero ella sólo le aconsejaba que debía esperar y ocuparse de su casa y de sus hijos, que la vida era así. Susana se sentía sola y todo su mundo se desmoronaba ante sus ojos, toda su seguridad, su vida entera, sus desvelos y atenciones, su único amor, todo desaparecía.

Su casa era hermosa y perfectamente ordenada, olía a limpieza por todos lados, tal como Samuel le exigió siempre, sus dos hijos estaban sanos y felices. Ella era feliz también, hasta el día en que Samuel le confesó su infidelidad. Ella sabía de sus engaños, pero lo aceptaba sin chistar, como le habían aconsejado su suegra y su madre —es que los hombres son así— le advirtieron. Cuando la llamó tan serio esa mañana, presintió que algo malo pasaba. Luego de su discurso cínico y desvergonzado, Samuel hizo sus maletas y se marchó sin remordimientos.

Como autómatas continuaba con la misma rutina de mantener aquel exagerado orden en su hogar, a pesar de que nadie reparaba en ello, tampoco estaba Samuel para criticar la ubicación de cada cosa, pero no podía dejar de hacerlo, esperando quizás que él regresara, aunque fuera criticando su trabajo y la hiciera reubicar todo nuevamente reprochándole su falta de gusto para decorar. No le importaban sus quejas, porque comprendía que su marido era perfeccionista y le quería enseñar.

Con la depresión a cuestas, esperó como cada mañana a que sus hijos se fueran al colegio para comenzar su rutina. De pronto, observó con desgano todo su

entorno. Una luz pálida de otoño comenzaba a iluminar tímidamente la habitación perfectamente ordenada. La suave luminosidad se detuvo vacilante, destellando casi con temor sobre el marco de la fotografía matrimonial. Por primera vez notó que no sonreía envuelta en su vestido blanco. Se vio reflejada en el espejo de la sala. Se veía triste, avejentada..., sola como un alma en pena. Sintió una mezcla de rabia y dolor que como un fuego le abrasaba el vientre y comenzaba a subir hasta su pecho. La ira acumulada trepó por su garganta haciendo erupción como un volcán. Un grito fuerte retumbó remeciendo toda la casa, como si hubiera estado enmudecida y de pronto pudiera hablar. Gritó tan fuerte como sus pulmones tímidos le permitieron. Pasó sus dedos por un hermoso ajedrez de cristal que Samuel atesoraba y al irse advirtió que vendría por él en cualquier momento y que lo tuviera empacado junto al resto de ropa que le quedaba. Con todas sus fuerzas lanzó las figuras contra el suelo, una reina descabezada y un alfil partido a la mitad, fueron los últimos en rebotar contra el piso de cerámica. Luego con una actitud insolente, llena de rebeldía, cual posesa siguió con el resto de los adornos. Puso especial atención en los más atesorados por el infiel, logrando un desorden jamás visto en aquella casa immaculada, obediente y callada. Era un caos absoluto y maravilloso que jamás se habría imaginado en ese lugar. En medio de la alfombra del living tiró toda su rabia acumulada por años de idiota sumisión. Diversos trozos de porcelana y vidrio esparcidos formaban un inverosímil rompecabezas, ropa de hombre hecha jirones, zapatos jadeantes y deslenguados, tajeados, mezclados con perfumes y

utensilios masculinos, algunas fotos de matrimonio destrozadas, todo esparramado como un botín de guerra. Parecía un asalto, una batalla que ella sentía ganada, una lucha en su interior que pulsaba por librarse... ¡Se había librado!

Cuando los hijos llegaron se miraron asombrados, atónitos ante aquel espectáculo dantesco. Ella sonreía satisfecha, sentada en un escalón de la escalera en medio de un desorden descomunal, con un brillo en los ojos, con un vaso de vino, despeinada, con ropa cómoda y casual. La abrazaron como entendiendo el arrebató, apoyando a esa mujer que renacía entre las cenizas de un orden caótico y humillante. Su cuerpo despedía cierto aroma nuevo..., fresco, como una flor que asoma en pleno invierno.